

Nº 50  
20 Marzo  
1927

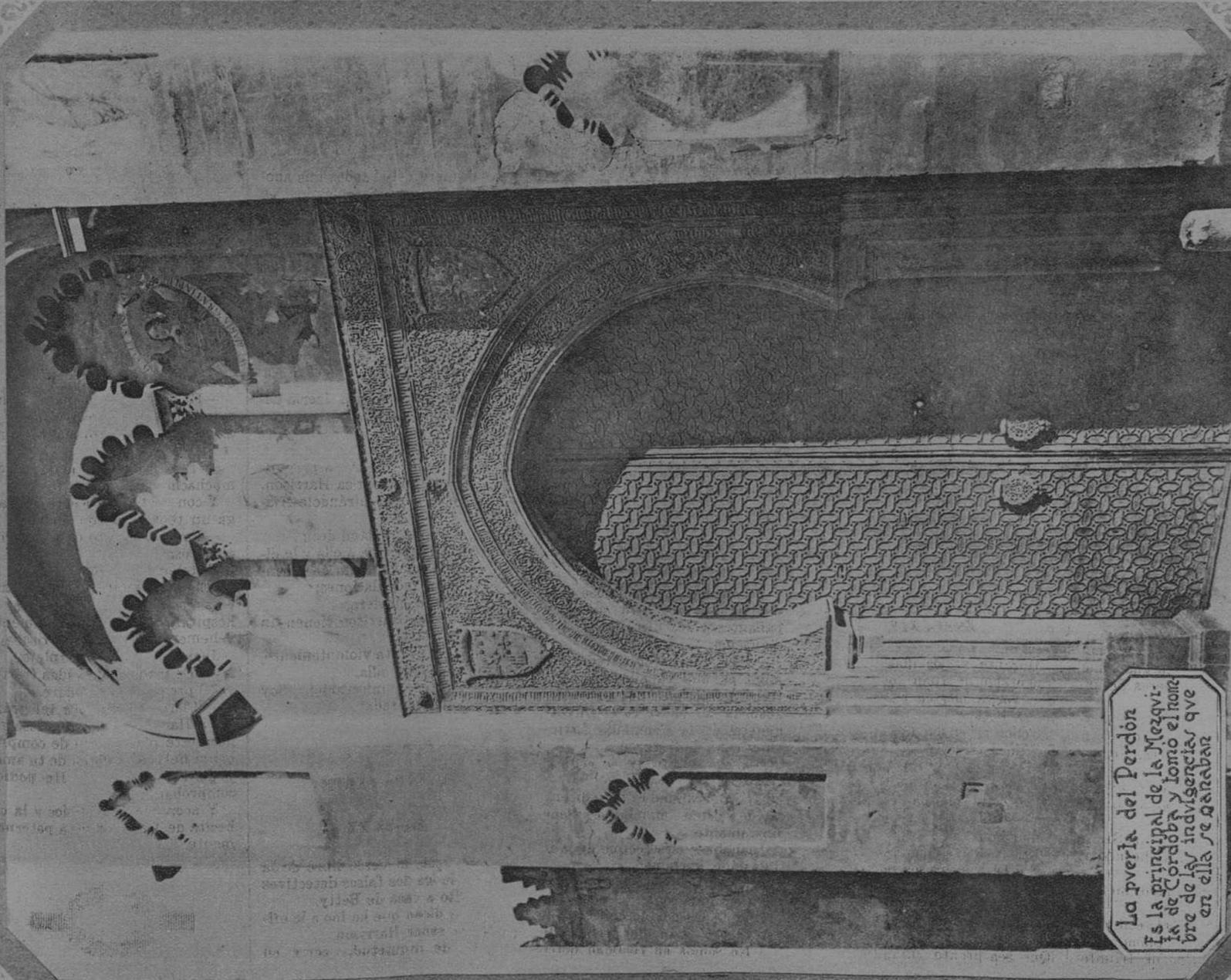
EXTRAORDINARIAS

PÁGINAS

DE  
**El Día Gráfico.**



*Los grandes cuadros  
de los  
Museos Españoles  
Retrato de Velázquez por  
Diego Velázquez de Silva  
Museo del Prado*



**La puerta del Perdón**  
Es la principal de la Mezquita de Córdoba y como el nombre de las indisciplinadas que en ella se ganaban

# La novela del domingo

PRIMERA PARTE

Escena I.

La Compañía Latino-americana de Seguros es una potente máquina comercial que moviliza capitales fabulosos entre Madrid y la gran urbe de los rascacielos, la compleja y férrea Nueva York, país de alucinación donde todo tiene perspectivas imprevistas y desconcertantes.

Don Diego Bustamante, primer accionista y director general de la Compañía Latino-Americana de Seguros en Madrid. Hombre moderno, comerciante hecho a las nuevas corrientes sociales. Tiene un hijo: Juan José.

Juan José Bustamante, hijo único, joven, inteligente y señor. Acaso contra su voluntad, se ve obligado a seguir en los negocios la huella del padre.

Don Diego piensa que lo mejor para iniciar a su hijo en la vida comercial, es hacerle entrar de lleno en ella. Decide que Juan José vaya a Nueva York, donde la Compañía Latino-americana de Seguros tiene una Agencia, regentada por el señor Harrison.

A Juan José se le antoja el viaje una bella aventura romántica, llena de promesas optimistas para el porvenir.

Se despide de sus padres. La tristeza de dejarles no enturbia la alegría de emprender la marcha hacia un país desconocido y prometedor.

Don Diego Bustamante, dice su adiós a su hijo:

—Nada habría de proporcionarme mayor alegría que verte muy pronto ocupando mi puesto como Director de la Compañía...

Y la madre, llorosa, asustada por los vagos temores ante la partida del joven:

—¡Ten mucho cuidado, hijo! Vas a vivir en el extranjero, muy lejos de nosotros, entre gentes extrañas, de todas clases. No olvides nunca, hijo mío, que llevas un nombre honrado, y que estás en el deber de respetarlo por encima de todo...

Juan José siente la emoción del momento y abraza a su madre:

—Siendo hijo tuyo, mamá, eso no podré olvidarlo jamás...

La despedida. Nuevos abrazos. Nuevas lágrimas. Nuevas recomendaciones. Un «Rolls» desplaza la última emoción con sus ochenta por hora.

Juan José empieza a vivir por su cuenta.

Escena II

La Libertad iluminando al mundo: el puerto de Nueva York.

Rascacielos. La gran urbe de hierro y acero. Hormiguero inmenso, colmena vastísima, para algunos es promesa de fortuna y para muchos se convierte en monstruo devorador.

Altas edificaciones se yerguen audaces, como queriendo alcanzar las nubes. Grandes y complicadas construcciones férreas, de horripalante trepidar. Humo. Ronquidos de sirenas y motores.

Movimiento frenético. Agitación y venir de vehículos de todas clases. Trenes aéreos y subterráneos. Multitudes presurosas y preocupadas.

He aquí Nueva York, meta de todos los enamorados de la fortuna, de todos los que sienten hambre y sed de oro, de todos los temperamentos ávidos de febril actividad.

## una novia y yanqui

(argumento de film)

### por Angel Marsá

Escena III

Juan José Bustamante, ha llegado a Nueva York. Su juventud le hace pensar más en dulces aventuras sentimentales que en graves cuestiones de negocios.

Decididamente, los negocios no le atraen. Los asuntos de la Compañía de su padre, le aburren.

En cambio... ¡Estos ojos azules de las norteamericanas, estas cabelleras rubias!

Juan José busca emociones donde todo el mundo busca dinero.

Pero la ansiada aventura no llega. ¿Tienen corazón las yanquis? Juan José casi se atrevería a jurar que no.

Vaga por las calles, sin rumbo fijo. ¿Las Oficinas de la Compañía? ¡El señor Harrison! Pueden esperar aún unos días. Juan José quiere saturarse de ambiente nuevo.

Juan José, sin confesárselo a sí mismo, busca una mujer.

Escena IV

En el Restaurant «Automático». Ella es una muchacha encantadora. Tipo de hoy. Juan José se enamora sólo con verla.

Pero el verdadero amor está reñido con la audacia. Juan José no se atreve a hablarla. La muchacha aparenta no haberse dado cuenta de la admiración que inspira. Además... tiene un aire tan serio, tan grave, tan poco a propósito para aguantar galantezas...

Es Norteamérica, con sus conquistas femeninas. Juan José espera anhelante una oportunidad para acercarse a la muchacha.

Esta oportunidad llega pronto. ¿Un tenedor que cae? ¡La última información sensacional del «New York Herald»!

Sonrisas. Y el diálogo, iniciándose balbuciente:

—Puedo asegurarle, señorita, que me siento orgulloso de estar al lado de la mujer más bonita de los Estados Unidos...

## AVISO

*Cuando ya no hay remedio me doy cuenta del error. A Los Angeles, con destino a la manufactura cinematográfica por la que escribo argumentos de películas, he mandado las cuartillas de una novela corta escrita para los extraordinarios de EL DIA GRAFICO. Y a este rotativo han ido a parar las cuartillas del argumento destinado a Norteamérica.*

*Ante la imposibilidad de subsanar el error, mi único deseo, ahora, es que el argumento de film que ofrezco en lugar de una novela corta, sea del agrado de mis lectores.*

A. M.

—Es usted muy amable, señor.  
—Soy sincero, señorita... señorita... ¿cómo? ¿Cómo se llama usted?

—Betty Warkon... Soy taquígrata. Trabajo en una Oficina cercana... ¿Y usted, cómo se llama?

—Juan José Bustamante... Soy español, recién llegado a Nueva York. Apenas conozco la capital, pero desde luego puedo asegurarle que lo mejor de ella es lo que tengo ahora delante de mis ojos...

—No desmiente usted su nacionalidad, señor Bustamante. Dicen que España es tierra de grandes enamorados, de exaltados pasionales...

—De mí, puedo decirle, que nunca, hasta ahora, he sabido lo que era amor. Sin embargo...

Betty advierte el peligro, o acaso quiere provocarlo. Le ofrece su mano enguantada:

—Espero, señor Bustamante, que seremos buenos amigos.

—¡Nos volveremos a ver?  
—No tengo inconveniente. Me ha resultado usted muy simpático.

Juan José, temiendo perder aquella dicha inefable de hablar con Betty, coge entre las suyas las manos de la muchacha.

—¿Cuándo?

—¡No sea usted tan vehemente, señor español!—sonríe Betty—Esta tarde, a las seis, en el edificio Singer, a la entrada del ferrocarril subterráneo...

Se despiden alegremente. Juan José sigue con ojos voraces el paso armonioso y firme de la muchacha.

Escena V

Unos días de alegre diversión. Para la gentil Betty, parecen sueños vividos, fantasías hechas realidad.

Fiestas, cenas, bailes. Teatros, autos. Todo un mundo nuevo se descubre a los ojos de Betty.

Quien la lleva a conocer estos momentos de maravilla, no es otro que el joven Juan José, el

apasionado español que un día conoció en el «Automático»...

Betty espera en vano que Juan José se decida a declararse. No lo ha hecho todavía. Van en plan de amigos, como dos camaradas.

Juan José guarda un obstinado silencio. Tal vez hablan con absoluta elocuencia sus ojos de enamorado, siempre fijos en los de ella...

SEGUNDA PARTE

Escena VI

Betty Warkon vive con su familia, compuesta de padre, madre y dos hermanos. Douglas, un joven insignificante, abúlico y agriado, y Norma, muchacha presuntuosa.

Norma tiene un novio llamado Baxton. Hombre petulante, lleno de ínfulas aristocráticas, no es más que un vulgar corredor de automóviles.

Al sentarse todos a la mesa, Betty dice a su familia:

—Esta noche vendrá a cenar el amigo de que os hablé, aquel joven español que me ha llevado últimamente a las fiestas y a los teatros... ¡Es muy simpático! Ya veréis.

Norma sonríe, acaso con un poco de envidia de su hermana.

—¿Se parece—pregunta, irónica—a tu actor favorito, el bello Rodolfo Valentino?

Betty, comprendiendo la poco piadosa intención de la pregunta, replica vivamente:

—Sí, algo... A quien no se parece nada es a tu vendedor de autos...

Norma se muerde los labios, humillada. Aunque no quiere a Baxton, le molesta que su hermana se permita tales burlas con él.

Baxton, temeroso, vierte una cucharada de sopa.

Escena VII

Llega la noche. Juan José es presentado por Betty a su familia.

Transcurre la cena en medio de gran cordialidad, por lo menos aparente.

Juan José queda encantado de la sencillez de los padres de Betty, pero ante Baxton, el novio de Norma, comprende que se halla frente a un hombre ridículo y vanidoso, al que hay que tratar de manera especial.

Pronto advierte el punto flaco de aquel sujeto, y encamina la conversación hacia los automóviles.

Baxton, adivina en el joven a un posible comprador. Prepara su mejor sonrisa. Le dice:

—Señor Bustamante, puesto que hablamos de automóviles, debo advertirle que yo represento la mejor marca del mundo: los «Vulcanos». Potentes motores, admirables carrocerías... Como supongo que usted ha de comprar un automóvil, espero que adquiera un «Vulcano», la gran marca que ha batido todos los «records».

Juan José, distraído y molesto por tanta charla insustancial, habla animadamente con Betty, que ríe de la verbosidad ridícula del novio de su hermana.

Pronto la conversación vuelve a generalizarse.

El padre de Betty, para halagar a Juan José, le pregunta:

—Debe ser un gran país España ¿verdad?

—Sí, no es malo. Pero me gusta más Norteamérica.

—Y dígame una mirada signifícala a Betty.

—Esta advierte, ¿ol?, sigue el diálogo de doble intención:

—¿Y no le supo mal, señor Bustamante, dejar Madrid? Allí tendría buenas amistades...

—No lo crea, Betty. Me gusta mucho Madrid, pero más por la ciudad en sí que por la gente.

—Entonces, ¿es eso que también le guste Nueva York... aunque no sea más que por la ciudad en sí.

El padre de Betty vuelve a terciar en la conversación, siempre tratando de investigar:

—¿Y qué tal le van los negocios?

—Bien. Estoy empleado en la Compañía Latino-Americana de seguros.

—Deben pagarse buenos sueldos en esta casa...

—¡Psé! Regular...

Y para ver el efecto que causaría en la familia de Betty su pobreza de empleado humilde, añade:

—Gano veinte dólares a la semana...

Escena VIII

La despedida. Betty llora aparte a Juan José.

—¿Cómo no me advirtió usted que ganaba tan poco? No hubiera consentido que se gastase tanto dinero conmigo...

Juan José, por toda contestación, besa apasionadamente las manos de Betty.

Escena IX

Aquello ha producido gran revuelo en casa de Betty. Todos creyeron en un principio que Juan José Bustamante, era poco menos que un multimillonario europeo.

El primero que arremete contra Juan José, es Baxton, el comisionista de automóviles.

—Ustedes no deben consentir —dice dirigiéndose a los padres de la joven— que Betty pierda el tiempo con un pobrete como ese español...

El hermano, espoleado por Norma, interviene:

—Ya me encargaré yo de contarle a este presumido las verdades...

Pronto se arrepiente de tal firmeza. Su carácter irresoluto le aconseja no mezclarse en nada.

—Aunque —dice— creo más prudente que seas tú, Baxton, el encargado de despacharlo con viento fresco.

Escena X

El día siguiente, por la tarde. Está lloviendo y Betty no ha salido de casa.

No tarda en venir Juan José. Todos creen llegado el momento oportuno.

—¡Vamos a arreglar este asunto! —dice Baxton dirigiéndose al abúlico Douglas.

Este replica vivamente:

—¡Oye tú, que yo no me mezclo en estos asuntos! ¡Allá vosotros!

Baxton, va en busca de Juan José, que se halla en el recibidor aguardando a Betty.

La cuestión queda planteada:

—Joven: la familia de la señorita Betty, me ha encargado una misión algo delicada cerca de usted...

En este momento, Betty intenta penetrar en el recibidor. Pero antes de abrir la puerta, Norma la detiene:

—Mejor es que no entres ahora, Betty. Baxton está hablando con Juan José.

Betty lo comprende todo. Se revuelve airada contra su hermana, gritándole:

—¿Y con qué derecho os metéis en mis asuntos?

Se abre la puerta del recibidor. Juan José sale acompañado de Baxton, cuya sonrisa de triunfo

hace más repugnante la vulgaridad de sus facciones.

Juan José, tristemente, murmura:

—Haz el favor de darme el sombrero y el gabán, Betty... Perdona que me vaya así, pero no tengo otro remedio...

Betty no le deja salir solo. Viéndoles alejarse hacia la puerta, Baxton dice a Norma:

—Ya le pasará a Betty el capricho. Estos amoríos se olvidan fácilmente.

Escena XI

La puerta. Betty se abraza a Juan José:

—No hagas caso de cuanto haya podido decirte ese imbécil. ¿Tú me amas?

—¿Y lo preguntas, Betty? Te amo locamente, desesperadamente.

—Entonces... casémonos... esta misma noche...

Juan José, entristecido, sombrijo, murmura:

—¿Quién sabe si tendrán razón ellos, niña mía! Acaso sea mejor esperar un poco... y reflexionar por tu parte si te conviene casarte con un humilde empleado como yo...

TERCERA PARTE

Escena XII

Han pasado unos días. Muchos. ¿Pocos? No podría precisar la infeliz Betty, sumida en la más honda desesperación desde que se fué de su lado Juan José.

¿Dónde estaría? ¿Habría huido de Nueva York?

Betty empieza a sentir desconfianza. ¿Es que Juan José ya no la quiere?

Escena XIII

La noticia produce una verdadera revolución en casa de Betty: Juan José Bustamante, acaba de llegar conduciendo un magnífico automóvil.

En efecto. Abajo, a la puerta, está el auto.

Corre Betty a recibir al recién llegado. Cuando Juan José entra en la casa, todos le asedian a preguntas:

—¿Ha ganado en las carreras?

—¿Ha hecho fortuna?

—¿Ha prosperado en los negocios?

Juan José, sonríe, sonríe siempre.

La familia de Betty, antes irreductible, ahora parece aceptar con los brazos abiertos al joven. Ha cambiado de suerte. Ahora es rico, piensan, y ya conviene para marido de Betty.

Juan José hace varios regalos valiosos a la madre y a los hermanos de Betty. Dirigiéndose al padre, le dice:

—Le voy a regalar a usted un auto. Un auto «Vulcano», comprado a Baxton.

Este, precipitadamente, saca de su bolsillo el libro de pedidos, poniéndose a las órdenes de Juan José. Ya tiene en él un cliente seguro.

Escena XIV

Durante varios días el dinero inagotable de Juan José es como una varita mágica para la familia de Betty.

Todos viven en fantástico torbellino de fiestas, de alegría, de despilfarros...

El antiguo desdén por el humilde empleado, ha desaparecido, dando paso a una admiración desmedida.

Las escenas de amor se suceden entre los venturosos novios.

—Ocurra lo que ocurra, pequeña Betty, ¡me querrás siempre!

—¿Y lo dudas, Juan José?

—¿Cuándo nos casamos, Betty? ¿Que sea pronto, chiquilla!

Escena XV

Mientras tanto la noticia ha llegado a Madrid. Juan José ha notificado a sus padres la venturosa nueva de su amor.

«Estoy seguro —les dice en la carta— que ustedes amarán a Betty como yo la amo. La amarán por ella misma, que lo merece como pocas mujeres, y porque yo la adoro. ¡Verdad, queridos padres, que la recibirán con los brazos abiertos cuando convertida en mi esposa, regresemos a España?»

La noticia del noviazgo de Juan José, cae mal en el austero hogar de Don Diego Bustamante.

«¿Quién será aquella yanqui que había trastornado de tal modo el seso del muchacho?

—Esto no puede ser Diego —dice la madre dirigiéndose al viejo esposo—. Ni siquiera sabemos quién es la tal Betty... ni a qué clase de familia pertenece...

Don Diego asiente. Pero de pronto sonríe, como si acabase de recibir una feliz inspiración.

—Se me ocurre una idea para averiguar los antecedentes de este asunto...

—¿Qué piensas hacer, Diego? —requiere la esposa.

—Déjalo de mi cuenta. Ya verás que pronto sabremos si Betty es digna del amor de nuestro hijo.

CUARTA PARTE

Escena XVI

Cuando más animada está la charla entre los dos novios, en casa de Betty, hacen su aparición dos desconocidos.

—¿Está aquí el señor Juan José Bustamante?

Juan José se incorpora, sorprendido por aquella interrogación.

Uno de los desconocidos le pregunta rápidamente:

—¿Es usted Juan José Bustamante?

Y a un gesto afirmativo del joven, añade con viveza:

—¡Dese usted preso!

Juan José, exclama sorprendido:

—¿De qué se me acusa?

Betty, inquieta por el cariz que va tomando la escena, se abraza a Juan José:

—¡Debe tratarse de un error! —dice sollozando.

Uno de los detectives replica, dirigiéndose al joven:

—Se le acusa de haber robado varios bonos al portador... según denuncia de William Harrison, gerente en Nueva York de la Compañía Latino-Americana de Seguros.

Betty le interrumpe:

—¡Esto es una infamia! Y se echa a llorar.

Juan José, emocionado por las lágrimas de su novia, se abraza a ella:

—No llores, querida Betty... Sin duda se trata de una equivocación, que en seguida quedará aclarada.

Y sale acompañado por los dos detectives.

Escena XVII

Ya en la calle, Juan José se revuelve airado contra sus acompañantes y les dice lleno de indignación:

—¡Eso que hacen ustedes conmigo, es una canallada! Exigiré responsabilidades por esta farsa absurda. Mi padre es el Director general de la Compañía Latino-Americana de Seguros...

Los dos detectives se echan a reír.

—Si en realidad es así —dicen— puede usted marcharse, señor Bustamante.

Juan José, en el colmo de la indignación, exclama:

—¿Quiéren explicarme qué significa todo eso?

Uno de los dos desconocidos se acerca a él y le dice, sonriendo:

—No somos en realidad detec-

tives. El señor Harrison nos dio orden de que lo sacáramos de casa de la señorita Betty, y de que una vez en la calle le dejásemos de nuevo en libertad. De modo que hemos cumplido con nuestro deber. ¡Adiós!

Y se alejan rápidamente.

Escena XVIII

Al mismo tiempo en casa de Betty se produce una escena violentísima entre ésta y su familia.

Betty, ante la pasividad con que es recibida por su familia la noticia de la detención de Juan José, les echa en cara su falta de nobleza para con el hombre que tan bien se había portado con ellos.

—¡Me avergüenzo de ustedes... de todos ustedes! ¡Qué falta de lealtad. Mientras Juan José os colmaba de regalos y atenciones, todos os desvivíais por hacerle. Ahora que la desgracia parece cebarse en él, no tenéis ni una palabra de compasión, ni una frase de aliento, ni un gesto generoso...

Escena XIX

Inmediatamente, Betty, pone en práctica el plan ideado para salvar a su novio.

El teléfono. Al hablar con las oficinas del señor Harrison, pidiendo hora para entrevistarse con él.

Rápidamente inicia su labor. En las Oficinas de la C. L. de S. es recibida por el propio Harrison.

—He venido a hablar con usted —le dice— acerca de su dependiente, señor Bustamante...

Harrison, con gesto duro, mira sin pestañear a Betty.

—Es mi novio ¿sabe?... y como la orden de detención partió de usted... venía a rogarle...

Harrison permanece mudo, con gesto impenetrable. Betty emocionada por el recuerdo de la detención de su novio, empieza a llorar desconsoladamente.

Con decisión rápida y enérgica, se arroja a los pies de Harrison, sin que éste pueda evitarlo.

—¡El no tiene la culpa, señor! Fué la actitud de mi familia que le impulsó a dar este mal paso... Le despreciaban porque era pobre... Pero él es bueno, señor Harrison... Perdónelo usted...

—Juan José es un ladrón, señorita...

—¿Quiere usted todos mis ahorros? Luego trabajaremos los dos para restituirle el resto de lo robado... ¡Perdone usted a Juan José, señor Harrison!

—No puedo, señorita... Lo siento mucho, pero... Juan José es un ladrón...

Betty, se yergue, altiva.

—Pero yo —dice con entereza— le amaré... de todos modos.

Harrison sonríe imperceptiblemente.

—Entonces, señorita, ¿sería usted capaz de todo para salvar a su novio?

—¡De todo!

—¿De todo? —vuelve a preguntar con extraña sonrisa Harrison. Betty se queda mirándole fijamente.

—¿Qué quiere usted decir?

Harrison se acerca a ella y le dice con voz suave, llena de intención en sus modulaciones:

—Si usted quisiera...

Los ojos de Harrison tienen un brillo siniestro.

Betty se levanta violentamente, derrubando una silla.

—¡Apártese, miserable! ¡Soy una mujer honrada!

QUINTA PARTE

Escena XX

Juan José, al verse libre de la tutela de los dos falsos detectives ha vuelto a casa de Betty.

Allí le dicen que ha ido a la oficina del señor Harrison.

Loco de inquietud, corre en

busca de su novia, llegando al tiempo que ella sale del despacho de Harrison dando un portazo.

Escena XXI

Al encontrarse frente a frente los dos jóvenes, se abrazan.

—¿Libre? —dice Betty con los ojos radiantes.

—¡Sí, chiquilla! Los que me detuvieron no eran detectives, sino gentes enviadas por Harrison.

—¡Ah, canalla! —murmura Betty. Y le cuenta a Juan José la escena desarrollada en el interior del despacho de Harrison hace un momento.

Escena XXII

Juan José no puede contenerse. Entra violentamente en el despacho, alcanza a Harrison, lo derriba de varios puñetazos, y vuelve a salir entre el estupor de los empleados y dactilógrafas.

—¿Qué has hecho? —le pregunta Betty.

—Nada, no temas. Le he dado lo suyo y nada más.

Escena XXIII

Salen. Juan José sonríe, satisfecho, llevando del brazo a Betty.

—Ahora, manos a la obra —dice el muchacho—. Necesito poner en claro las causas de tanta infamia. Salgo inmediatamente para España. Allí veré a mi padre y le contaré el indigno proceder de Harrison.

Betty se queda triste.

—¿Y te vas solo? —pregunta. Juan José ríe con estrépito.

—¿Quieres venir? Entonces nos entretengamos mucho. Mañana sale vapor. Esta noche misma nos casamos...

Escena XXIV

A bordo, camino de España, los jóvenes viven el encanto brujo de su luna de miel.

—Por favor me avisado a mis padres nuestra llegada...

Betty se muestra algo preocupada.

—¿Me querrán? Y Juan José estrechándola entre sus brazos:

—¡No van a quererte, si eres mi mujer!

Escena XXV

A los quince días, los nuevos esposos llegan al hogar de Don Diego Bustamante.

—¡Mamá, qué emocionada Betty entre los brazos de la madre de Juan José.

—¡Hija mía! —solloza ella.

El padre, por su parte, dice a Juan José.

—Muchacho, por poco matas al bueno de Harrison...

—Es un canalla, papá... Quiso meterme en la cárcel y hacer el amor a Betty. Es un mal hombre. Don Diego, ríe.

—¿Estás seguro de lo que dices, muchacho?

Y con gesto displicente, le alarga un telegrama, diciéndole:

—Puede que esto te aclare muchas cosas...

El telegrama, dice:

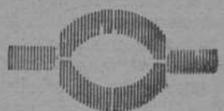
«El plan, resultó a las mil maravillas, pero acabo de abandonar el hospital, causa, temperamento vehementemente su hijo. —Harrison».

Juan José, queda perplejo.

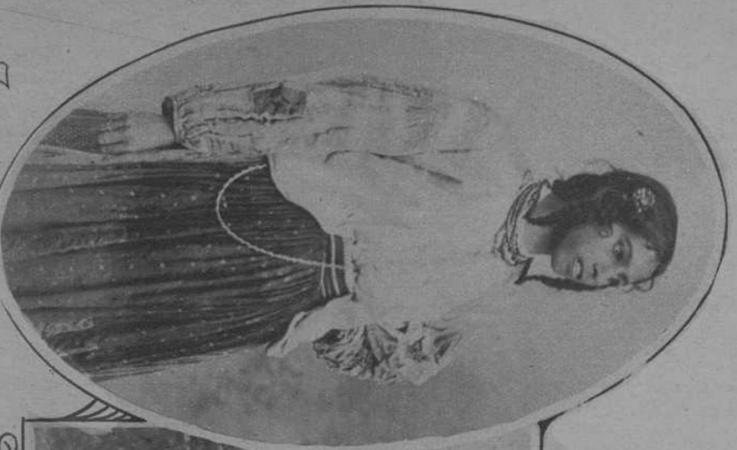
—¿De modo, que la idea fué tuya? —pregunta a su padre.

—¡Claro! Dí órdenes telegráficas a Harrison para que desarrollara este plan, a fin de comprobar si Betty era digna de tu amor y de tu nombre... He podido comprobar que sí.

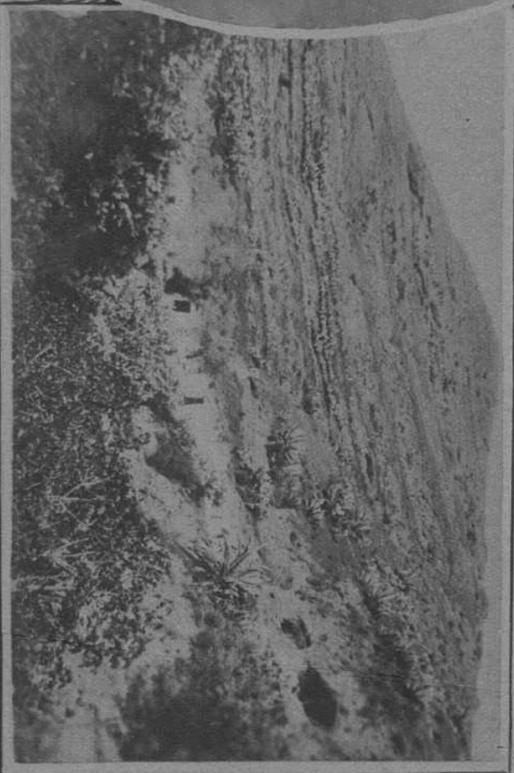
Y acercando sus labios a la cabecita de Betty, la besa paternalmente.



Los gitanos, cuyos orígenes étnicos no aparecen aún bien claros, conservan parecida indumentaria y semejantes tradiciones a través de todas las fronteras.



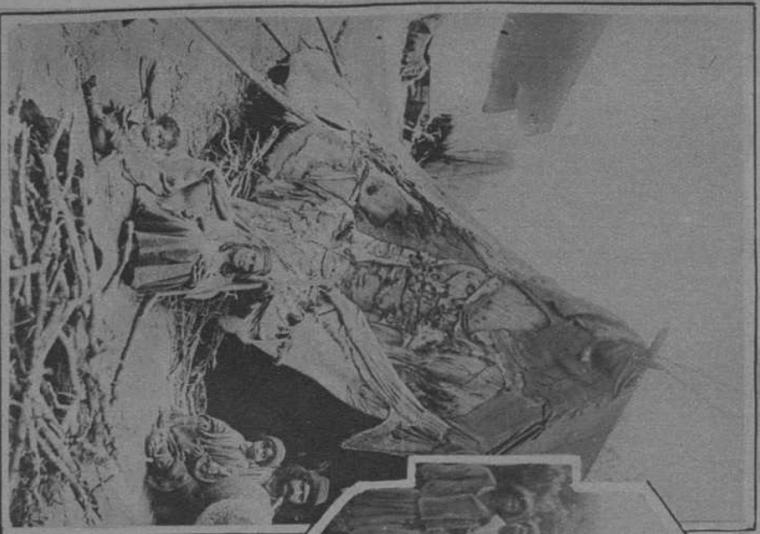
Una muchacha gitana



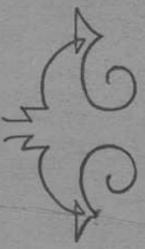
Abitadores de gitanos checos en una ladera de montañas



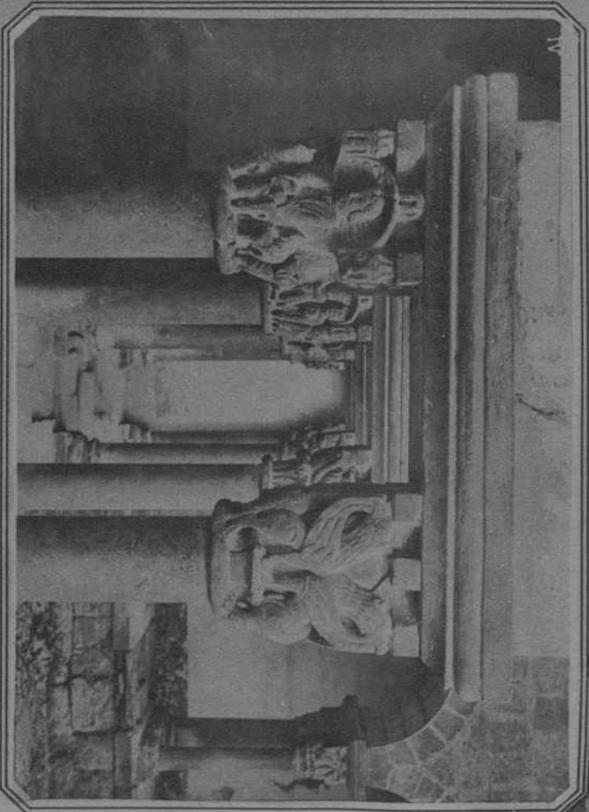
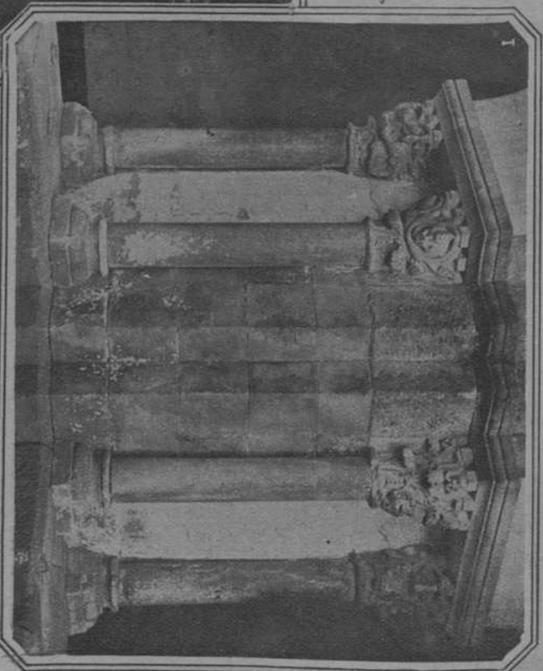
Grupo de gitanería en Checoslovaquia



Una tienda de campaña, refugio de zinganos checos.



La belleza de los capiteles románicos de San Cugat del Valles



- I.-Detalle de un ángulo del bellísimo claustro de San Cugat.
- II.-Capiteles con escultura floral.
- III.-Capitel de marino procedente de San Cugat.
- IV.-Capiteles con escultura que representa pasajes del antiguo y Nuevo Testamento.

Foto: Herrerai - Hispania



En París se celebra una exposición de obras de Toulouse Lautrec. El arte intenso y ácido de este maestro impresionista experimenta con este motivo un renuevo de actualidad.



Una amazona en el Bosque de Bolonia.



"Souise et Valentine", dos estrellas del baile a fines del siglo pasado.



En la escena.

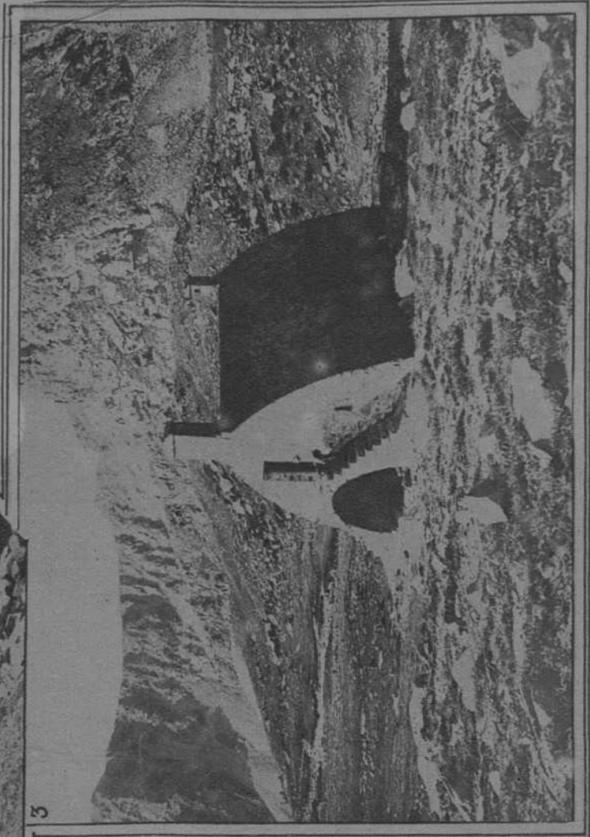
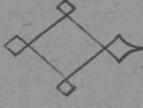


Una vista del Moulin Rouge en 1896.

El Centre Excursionnista de Cataluña ha construido en diversos puntos de nuestro Pirineo perfectos chalets de refugio que prestan importantes servicios a los alpinistas.



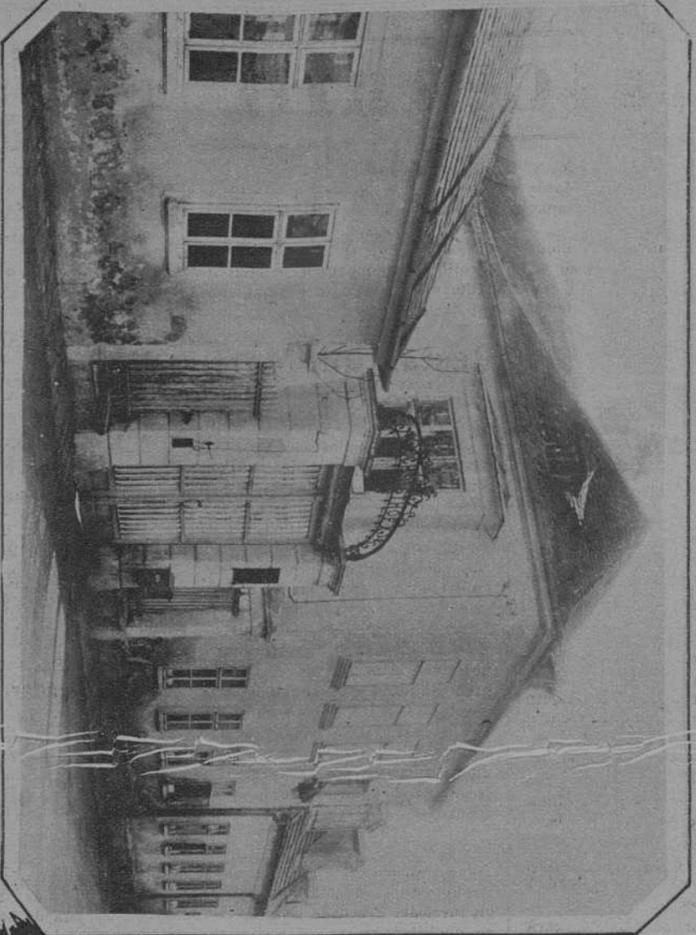
El Chalet de Ull de Ter a 2525 metros, al fondo la montaña conocida con el nombre de Sra Fajol.



2 El Chalet de la Rencliva, en el Pirineo aragonés, a 2145 metros de altura.

3 El refugio de Ull de Ter.

(Fots. Maymó)

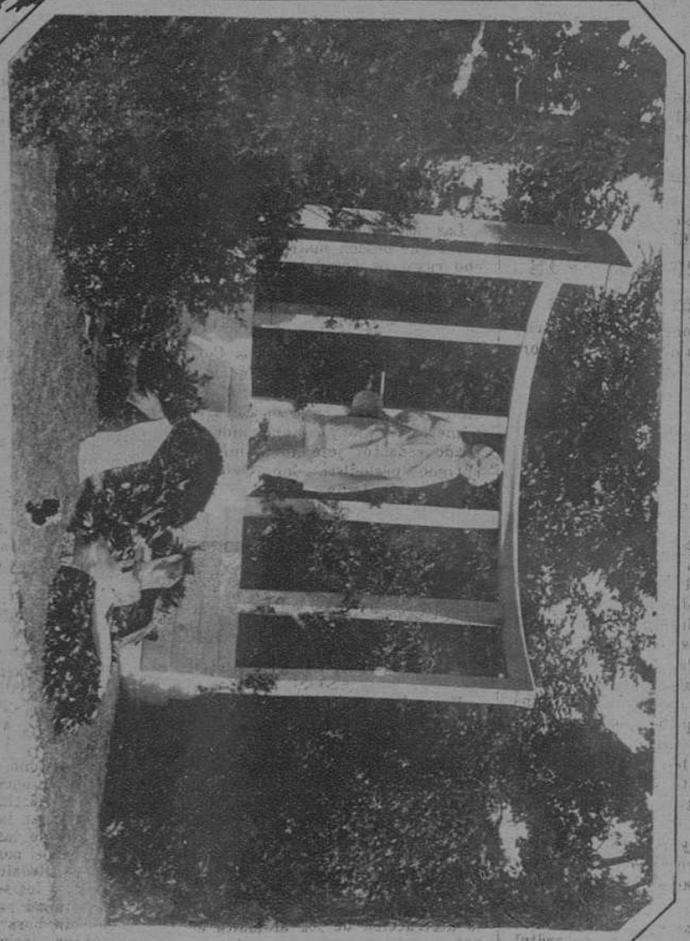


La casa que habitó el gran músico cerca de Viena en su vejez

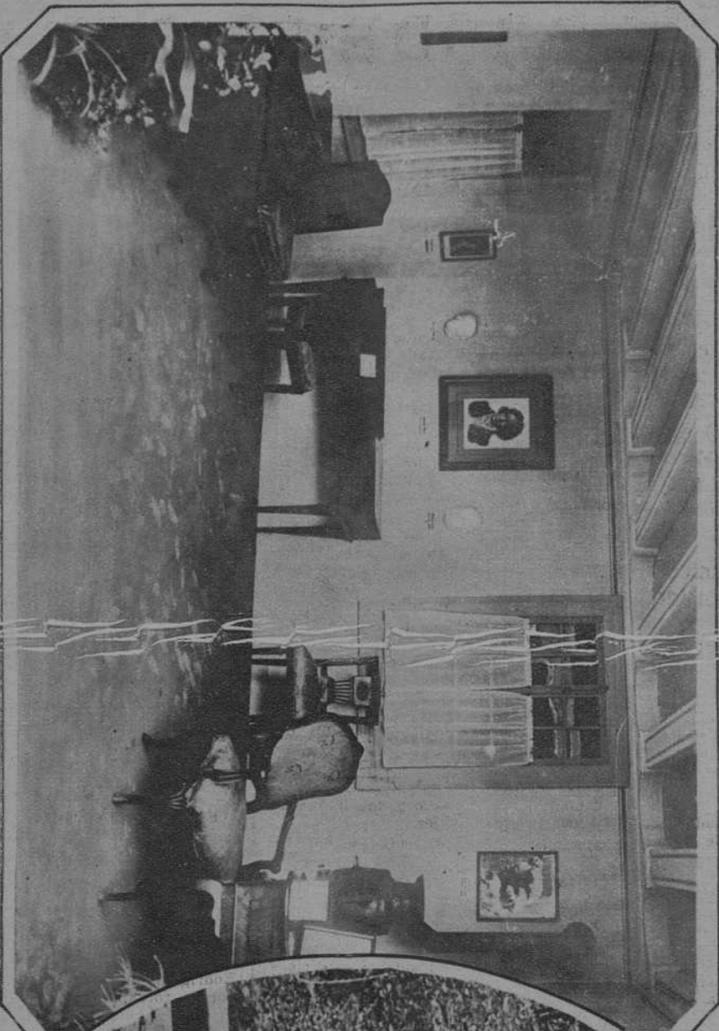


Ludwig van Beethoven

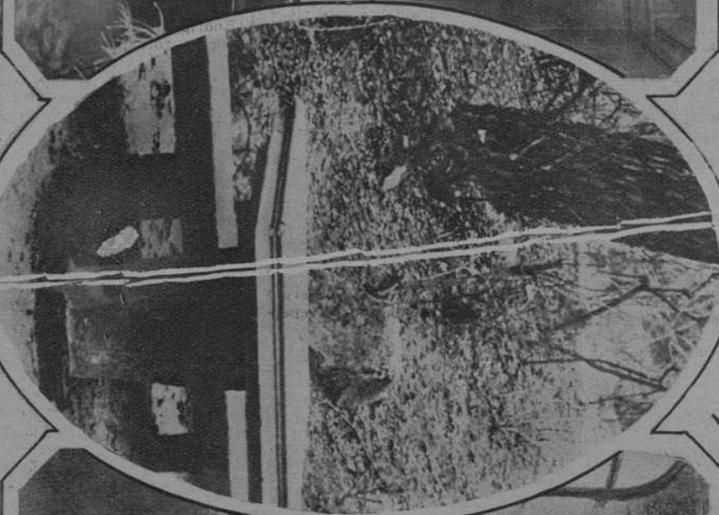
El Centenario de Beethoven. El día 26 de este mes se cumplió el primer centenario de la muerte de Beethoven, uno de los artistas más grandes y de los espíritus más puros que ha producido la humanidad.



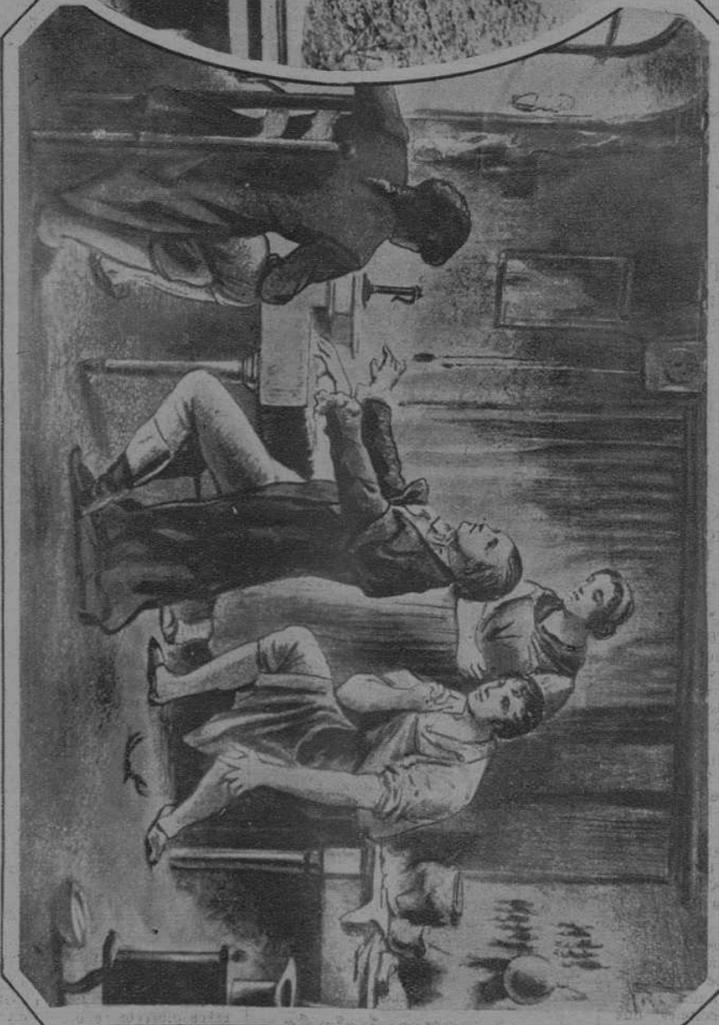
Representación al immortal aytor de la Novena Sinfonía en Doblino.



El cuarto dormitorio de Beethoven en su casa natal de Bonn.



Banco del parque de Schönbrunn, en Viena, donde el mago de la armonía compuso, en pocas de sus obras.



Beethoven improvisando en casa del zapatero Franz en Bonn. (Dibujó de F. Lix)